

LOS COMBATIENTES

HOJA DE LOS FRENTEROS DE GUADALAJARA Y LA SIERRA

Núm. 6 O Tercer Año Triunfal

8 de Agosto de 1938

Gratuito para el combatiente

Parte oficial de paz del Cuartel General del Generalísimo

Por el DR. JUSTO DALOPIO

Yo quisiera saber qué número de españoles no se acuesta ninguna noche sin haber escuchado el parte oficial de guerra del Cuartel general del Generalísimo. Si sé que son muchísimos. Millones de españoles. Diríamos mejor de buenos españoles. Son los que van viviendo la guerra día por día. Los que van clavando los alfileritos en el mapa. Los que van acompañando con su espíritu a las bravas tropas y se asocian con su fervor a los rigores de la campaña. Los que cumplen el deber ineludible de sentir y vivir la guerra, aunque sea en la retaguardia. De alguno me consta, que traicionando un día su deber cotidiano, se fué al lecho sin esperar la emisión de Salamanca. Mas hubo de levantarse nuevamente porque el remordimiento del deber incumplido no le dejaba conciliar el sueño. Cuantos hemos adquirido este hábito, vamos a sentir un gran vacío el día en que termine la guerra. Los que sentimos hondamente los gritos de ¡Arriba España! y ¡Viva Franco! necesitamos hoy ver subir aquella con las victorias de su Ejército, que el parte nos comunica y escuchar su frase final «de orden de Su Excelencia...», que nos revela la acción de mando del Caudillo indiscutible. ¡España sigue subiendo y el Caudillo sigue mandando! Cuando llegue la paz quisiéramos que estos dos conceptos se repitieran también diariamente.

Entonces sería llegado el momento de suplicar, los que no podemos dormir sin sentir la vibración patriótica del parte oficial de guerra, que fuese éste sustituido cada día por «el parte oficial de paz del Cuartel general del Generalísimo», en el que se reflejara igualmente las dos ambiciones máximas de todo buen español, que España siga subiendo y que el Generalísimo siga mandando, ya que ambos conceptos son inseparables.

Tanta fe como en la victoria tenemos en el resurgimiento que la paz traerá consigo mediante la revolución nacional que Franco inspiró, prepara e impondrá.

Revolución de orden, que es todo lo con-

¡Para siempre...!

Todas las noches rezaba por que viniera con nosotros cuanto antes. Pedía con angustioso afán su retorno presintiendo su destino y me conformaba ya aunque hubiese que esperar hasta el fin de la guerra. Hace dos años justos que la horda desatada, asesina, violenta, maltrata, deshonra y escarniza a tantos y tantos españoles que son «reos» de amar a la Patria. Entre todos los mejores, el que más intensamente la sentía triste y doliente, el que mejor la comprendió y por Ella dió todo con una gallardía noble e impetuosa sin jactancia, fué siempre nuestro «muerto inmortal», nuestro maestro y profeta José Antonio. Recordad que después del «triumfo de los rojos» en las elecciones de Febrero del 36, Azala, viéndolo en José Antonio el rival más peligroso (no guiado por generosidad, pues carece el «Berrugas» de sentimientos), le llamó para «aconsejale» que viendo en peligro su vida, saliera de España, y José Antonio le contestó: «No quiero salir, pues tengo a mi madre enferma». Confuso el feo, le atajó: «¡Pero si su madre murió hace muchos años!». Y entonces aquél repuso con energía, ante la incompreensión del hombre que jamás sintió el amor filial: «Mi madre es España». Y salió para seguir batallando entre los silbidos de muerte precursores de la contienda actual.

Por eso la hiena de Casares Quiroga le persiguió sañudamente antes de nuestra cruzada y trató de eliminarlo por varios medios. No podía impunemente; cientos de camaradas con sus brazos en saludo formarían un cerco acorazado de lanzas para salvar al hombre de Falange. Pero quedado entre ellos por las más sentida de las desgracias, exterminados todos los españoles que lograban «cazar», de cuyo asesinato teníamos noticia, quedaba José Antonio siempre Au-

trario de lo que antes significaba esa palabra en boca de nuestros enemigos. Por esto a nadie debe asustar ese vocablo y mucho menos utilizarse insidiosamente para atemorizar a incultos o asustadizos.

El fruto diario de esa revolución de la paz, bien podría aparecer diariamente en un grato parte oficial del Cuartel general del Generalísimo. Así podríamos escuchar:

«... en el día de hoy ha continuado la batalla contra la ignorancia, habiéndose conseguido rescatar 1.200 niños prisioneros del error y el analfabetismo, con la apertura de tantas escuelas públicas. Prosigue el avance del proyecto de comunicaciones, habiéndose hoy inaugurado tantos kilómetros de carretera y tantos de ferrocarril. Un foco de malos patriotas en la ciudad de X que creían que estábamos en el año 1932 han sido convencidos de forma indiscutible del error en que se hallaban. Mañana será botado el nuevo acorazado «Balears». Y así sucesivamente, para terminar siempre con la frase «de orden de Su Excelencia...», que nos recordará diariamente su mandato y nuestra obligación de obedecer. Algo parecido al «morir habemos» de las Congregaciones religiosas. Porque los españoles hemos sido muy desmemoriados para nuestras obligaciones y, especialmente, para la de obedecer al que manda.

Mucho tememos que este gravísimo defecto, a pesar de la terrible sacudida de la guerra, retorne en la paz. Por esto consideramos preciso que diariamente vibre en el éter la voz de mando del Caudillo. Esto molestará a los que nunca obedecieron más que a sus propias y no muy nobles pasiones. Pero el remedio es facilísimo. Buscar la frontera y trasladarse a cualquiera de esos encantadores países democráticos donde la soberanía del pueblo deja a uno hacer todo lo que le da la gana, que no suele ser mucho precisamente. Allí estarán en la gloria, cantando «La Internacional» y por allá nos esperen muchos años.

sente en nuestros gritos. Su mejor presa. Nuestra mayor esperanza y más soñada ilusión. ¡Qué sería de él entre los «bárbaros»!

Yo todas las noches rezaba para que tornara pronto. Ya no rezo más.

Suspiro a veces sin remedio cuando pienso para siempre... lo hemos perdido para siempre... ¿Y sabéis por qué ya no rezo, camaradas? Porque sé que está en la gloria al lado de Dios Padre. Se hizo para él y para otros mártires de la Causa: Calvo Sotelo y Emilio Mola. Yo sólo le pido que nos siga inspirando desde su puesto de honor y a Dios que no nos dé descanso ni gloria mientras quede su muerte sin venganza.

Aunque tengamos que rebuscar todos los rincones del mundo. No es pecado exterminar las alimañas por cualquier medio.

Y yo le aseguro que aunque los rusos les pongan blindaje, no deben olvidar los Prietos, los Negres, los «Berrugas» y toda su banda bermeja que los soldados españoles saben usar a la perfección la gasolina y las bombas contra esos armatostes.

Perdimos a José Antonio.

¡Presente!, camaradas.

Nuestra revolución se hará porque nos queda su espíritu, que no morirá nunca, y además Franco, que quiere, y la juventud de España, que escucha firme sus órdenes en la actitud del más pronto cumplimiento.

Por Franco y la revolución nacionalsindicalista.

Arriba España.

EL CABITU

En la España de nuestros días, a la luz de las juventudes y de las ansias históricas de liberación nacional, una milicia robusta, un magno Ejército, es y constituye una primordial necesidad

Vanguardia y retaguardia

Se habla mucho de los frentes y de la retaguardia. Con muy buena fe, con excelente espíritu y con sana intención, se yerra, sin embargo, bastante.

Vais a oír una voz desapasionada y justa de las trincheras.

Nosotros no tenemos ninguna queja de la retaguardia, ningún pleito con ella. Allí está la madre que reza y llora, la novia que sueña y espera, la esposa que sufre y calla y los niños que juegan, en sus remedos bélicos, a una España potente y respetada. Con ellos quedó el lugar de nuestro corazón destinado a los afectos humanos.

Esta España, a la que tanto amamos y por la que alegres y en silencio sufrimos frío o calores, sed, fatigas y penalidades sin límite, es la síntesis en que se funden abrazadas vanguardia y retaguardia.

En la lucha común, a nosotros los fuertes, los ágiles, los sanos—preciado galardón de nuestra juventud—, nos toca la mejor parte: el combate sangriento y triunfador, la vigilia en acecho de sorpresas, la espera serena frente al enemigo, la muerte heroica sellada con el beso de España que deja impreso sobre el corazón, en huella gloriosa, unas flechas y un yugo rojo.

A vosotros, a la retaguardia, os corresponde la labor callada y modesta de alentarnos, de trabajar para todos, de depurarlos de máculas y vicios pasados y de preparar nuestro retorno; os lo pagaremos con nuestra gratitud, pero fijos bien: en las tareas de la paz tendremos que colaborar todos, vosotros y nosotros. Cada uno en su puesto. Como buenos hermanos y camaradas, no os negaremos nuestro pan y nuestra sal, mas tendremos mucho cuidado de que en la balanza de la Patria pese siempre más el platillo de nuestro ideal y de nuestro entusiasmo, que el vuestro con vuestra experiencia, el buen sentido y la sensatez, cualidades tal vez estimables, pero a las que no reconocemos categoría de virtudes.

Claro es que me refiero a la verdadera retaguardia; es decir, a quienes forman parte de nuestra comunidad de lucha y de ideal, siquiera sea en segundo plano, sienten nuestros afanes y nuestras angustias, vibran al unísono nuestro, son puros, buenos, rectos y están dispuestos a venir a nuestro lado si preciso fuera.

Los otros: los que ni sienten ni padecen; los que están a lo suyo y hasta sueñan con zancadillas y encrucijadas; los de las reservas mentales; los de la bolsa bien prieta; los que más que dos caras tienen una cara que mira para allá y una careta que nos sonríe a nosotros. Esos ni son retaguardia, ni son españoles, ni son nada.

Que no cuenten con nosotros ni ahora ni luego. Para ellos nuestro desdén y nuestro desprecio. Cuando llegue el día los apartaremos de nuestro camino con la punta del pie y con gesto de asco. No teman nuestra ira ni nuestras armas, para entonces ociosas; nos bastará con nuestros puños y con nuestra saliva y, si fuere preciso, con los guijarros o con unas buenas trancas.

UN VANGUARDISTA

YO NO CONOZCO, OTRO MEDIO EFICAZ DE LOGRAR QUE ESPAÑA SEA FUERTE, SINO EL DE QUE DISPONGA DE UN EJERCITO PODEROSO.

Los caballeros mutilados Balada de los cuatro luceros

¡España confía en que cada español cumplirá con su deber! España sabrá también cumplir el suyo. Ella queda encargada de amparar a quienes la han sacrificado su juventud y su integridad física, ya que siente en su alma imperecedera el dolor de sus hijos más abnegados.

Si el Caudillo ha dicho que no puede haber un español sin pan y un hogar sin lumbre, ¿cómo va a olvidar el pan y el hogar de sus mutilados?

Con ese espíritu de justicia distributiva y exacta, que es el nervio de nuestro nuevo Estado, tiene que acudir en amparo de sus hijos que sufren y ayudarles en el cumplimiento de sus obligaciones de hombres, de padres y de ciudadanos.

Las disposiciones legales ya dictadas les garantizan un mínimo de bienestar futuro, que tal vez no sea el que ellos merecen, pero que está en consonancia con nuestro destino y con la austeridad, la sobriedad y el sacrificio que han de presidir—arraigada la vida material del país por la barbarie roja—la reconstrucción nacional.

Mil pesetas mensuales de límite tope, para el mutilado absoluto sin graduación: ¿y qué representa esa cifra para quienes, rota su razón, apagados sus sentidos o perdidos sus miembros no pueden percibir la gran tarea imperial que nos aguarda, ni colaborar en ella?

Trabajo preferente de acuerdo con su aptitud para aquellos mutilados parciales: ¿qué menos se puede dar a quien a ofrendado en el altar de España las flores rojas de sus carnes ensangrentadas?

Los caídos y ellos—cumplimiento de actos del servicio—son laprima trágica y dolorosa del seguro de nuestro futuro vivir. ¿Qué menos que nuestro cálido aliento de gratitud a quienes están entre nosotros y tienen encadenada su existencia a los eslabones del dolor?

Caballeros mutilados: ¡España y los españoles sabremos siempre cumplir nuestros deberes más santos! ¡Os lo juramos sobre los cuerpos de quienes nos esperan, nimbados de gloria, en el azul de los cielos!

Eran cuatro camaradas, cuatro camisaz azules y veinte flechas bordadas.

Cuatro canciones que hervían
Cuatro banderas alzadas.
Cuatro fusiles ardiendo.
Cuatro pasos que avanzaban.
Cuatro brazos extendidos.
Cuatro cruces laureadas.
Cuatro oraciones al viento.
Cuatro alientos, cuatro almas.
Cuatro Yugos encendidos.
Y veinte flechas bordadas.

Siluetas de parapeto, eran cuatro camaradas.
Cuatro camisaz azules.
¡Cuatro de la Vieja Guardia!

Uno quedó cara al sol
bajo el cielo del Jarama,
Las Flechas de su camisa
se hicieron rosas de grana.
Lejos tres voces decían:
«... ¡Yo tenía un camarada!»

Quedó el segundo en la cumbre
de una montaña nevada,
lívido de amaneceres
sobre la nieve manchada.
Lejos dos voces decían:
«... ¡Yo tenía un camarada!»

Otro se marchó al lucero
que en el cielo le esperaba,
donde falangistas muertos
forman centurias de plata,
y sólo una voz decía:
«... ¡Yo tenía un camarada!»

Un beso de fuego y plomo
mordió la última palabra.
Jinetes sobre los montes
cuatro luceros cantaban
y el eco iba repitiendo:
«... ¡Yo tenía un camarada!»

Original de F. DE URRUTIA

Causas del Triunfo

Recuerdo con orgullo los primeros tiempos de guerra. ¡Qué cambio tan enorme con los actuales! Teníamos enfrente el rulo, la masa que ciega de odio y venganza se volcaba materialmente sobre los escasos españoles que, tenaces y heroicos, aferrados al terreno, contenían a las modernas hordas de Atila.

De la parte roja, la masa y el material de guerra. De la nuestra, oficialidad selecta, juventud con fe en Dios y en España, material de guerra escaso en cantidad y calidad. Sus operaciones de guerra se planeaban a base de masa, de número; nosotros, conteníamos con valor y heroísmo, segando la muerte implacable la flor de una oficialidad en plenitud de vida y, que no lo dudes, lector, ha sido la siembra que ha producido esa brillante cosecha de oficiales provisionales.

Esta oficialidad de circunstancias, en aquellos ya lejanos días soldados o falangistas, siguen hoy con fe en el triunfo el camino de héroes de aquellos jefes suyos que, a fuerza de heroísmo, ha permitido el lograr este Ejército eficiente y potente, que cosecha en cada acción una nueva victoria.

Triunfamos porque gracias a Dios estaba de nuestra parte la ecuanimidad y el sentido común. Los rojos, en su larga gestación revolucionaria han predicado a diario, con machacona torpeza, su fe en el antimilitarismo, que para sus atrasadas inteligencias se condensaba en estos tres conceptos: odio a la oficialidad, por su limpieza de moral; relajación de la disciplina, por considerarlo prejuicio burgués, y aptitud de todo ciudadano para la profesión castrense.

Ya hemos visto cómo han desarrollado el primer punto. La oficialidad decente, aquella que tenía como sana y honrada ambición el escalar con su esfuerzo los altos grados del Ejército, ha desaparecido, quedando ancho campo para aquellos que cansados en desfalar cajas de unidades, invertidos moralmente e ineptos en la lucha noble por el honrado esfuerzo, no les faltaba más timbre para su efímera gloria que ser asesinos de sus compañeros que con tanta dignidad han sabido llevar un uniforme que ellos han deshonrado.

El segundo punto, no era más que el fruto que se cosechaba en la vida social. La disciplina había desaparecido en todos los órdenes; se expulsaba de talleres u oficinas a los obreros honrados para agrandar de este modo al matón, delegado de tal o cual Sociedad obrera; en política se practicaba el asesinato de todo valor positivo; en el Ejército veíamos un día y otro, cómo los ineptos escalaban los puestos de mando por el solo hecho de ser masón, marxista o un sinvergüenza.

Por suerte para España, esta oficialidad sana y entusiasta, esperaba su hora un día y otro, pasaban sobre ellos trituras materiales, ya que las morales no causan mella más que cuando el que las ocasiona tiene solvencia moral.

Se dibujaba en el panorama de España, con nitidez suficiente, la separación en dos grandes grupos: de una parte, oficialidad que creía en Dios y en España; de otra, oficialidad marxista con apetencias materiales. Faltaba preparar al país, llevar al convencimiento de los españoles no súbditos de Rusia que, para triunfar, es preciso tomar parte en la lucha, no ser simplemente espectador que pase a recoger su entrada para ver el espectáculo de otros tiempos: el desfile de oficialidad digna camino de los penales.

Y vamos con el tercer punto. Era corriente en los intelectuales marxistas el creer que para ser oficial del Ejército bastaba tener mal genio y poca cultura. ¡Cuánto daño os han hecho estas falsas predicaciones!

Para ser oficial del Ejército se necesita vocación, espíritu de sacrificio, ya que no se conocen millonarios por la profesión militar; desprecio de la vida en bien de la Patria, trabajo físico e intelectual, moral a prueba de la grandeza de su misión. Esto era lo que desconocían aquellos pobres intelectuales, claro que felizmente para nosotros. Así vemos durante la guerra cómo un dependiente de ultramarinos es oficial de Estado Mayor, un carpintero, bizarro y aguerrido oficial de Infantería; un zapatero logra ser oficial de Ingenieros, etc., y el conjunto forma ese bizarro, intrépido y aguerrido ejército popular que en todo momento tiene estudiadas, a retaguardia, posiciones elegidas por el mando.

En la zona nacional, la aptitud señala en cada convocatoria quiénes pueden escalar los puestos a la oficialidad. El profesorado es digno, por ser mutilados de campaña y por su competencia.

El fruto de la selección no se hace esperar. Un día y otro vemos cómo esta oficialidad improvisada, provisional, escribe páginas de grandeza en la Historia de España. Y se logra porque hay una oficialidad vieja, anterior al 18 de Julio, que alegremente enseña a sus discípulos, los nuevos compañeros, cómo hay que morir por Dios y por España.

Esta es la causa del triunfo, lector, tienes que grabar en tu mente de modo indeleble la idea de que la oficialidad del Ejército español, desde el Caudillo al último grado de la escala jerárquica, se han «sacrificado» por la España Una, Grande y Libre, unos ocupando ya su puesto en los luceros, y otros, yendo alegres y orgullosos a reunirse con sus compañeros si la España Imperial así lo exige.

Caldevilla

DESPUES

Si España no fuera, como es, un Ejército en pie de guerra, donde todos desde el más niño al más viejo trabaja y aporta su grano de ans para conseguir el triunfo, nos bastaría, para sentirnos seguros en el presente y en el porvenir de nuestra Patria con pensar y sacar consecuencias del siguiente hecho: EL EJERCITO DE FRANCO perfectamente organizado y pertrechado, se compone de UN MILLON de hombres.

Una enseñanza muy valiosa hemos de deducir de este detalle, y es que por muy abajo que haya caído el nivel moral de un pueblo, basta la voluntad decidida y constante, para colocarle a la altura que se merece. Es suficiente la fe y confianza en un Hombre, para su mandato, coordinados todos los esfuerzos, desterrando viejas y perjudiciales diferencias y rencores, pueda un país alcanzar una época de prosperidad, al mismo tiempo que cumple su destino en una época de la Historia.

Y si bien es cierto, que el fin primordial de nuestros esfuerzos, es la liberación de España del dominio rojo, no olvidemos que, después, cuando llegue la paz, nuestra seguridad, dignidad, y el recuerdo de pasados sacrificios, exigen una continuidad en la obediencia y en la confianza que hemos depositado en nuestros jefes y en nuestro CAUDILLO.

Un MILLON de hombres, ¡¡que lo sepan los enemigos de adentro y también los de más allá de las fronteras!! Un millón de voluntades, encazadas por Franco. Una nación, un pueblo, consciente de sus deberes históricos y consciente igualmente de que si es necesario morir para vivir con dignidad, se muere.

Nadie, como el soldado, desea la paz. Pero el soldado sabe, que la paz no llega sino cuando el enemigo ha sido aniquilado y derrotado. Por eso cuando, termine la guerra—después—seguiremos siendo el MILLON de combatientes, dispuestos en todo momento, a llegar si fuera preciso y siempre a las órdenes del CAUDILLO, a imponer respeto, a esas gentes desaprensivas, que adentro y más allá de las fronteras sueñan con la ruina y esclavitud de nuestra Patria.

Nuestra lucha

Por la paz y el bienestar del campo; por la mejora racional y justa de las clases media y obrera; por la libertad de conciencia y el respeto a la legión y las tradiciones; por la tranquilidad y el bienestar de los hogares; por nuestra civilización amenazada y por el prestigio de nuestra Bandera; por la independencia de nuestra Patria; por una España nueva; por una España Grande; por una España Libre, luchan hoy nuestros soldados. La nueva España representará a la gran familia nacional sin amos ni vasallos; sin pobres y sin potentados. La justicia social será la base de nuestro Imperio, sin lucha de clases destructora y suicida, sin extranjerismos ni mediatizaciones, incompatibles con nuestra dignidad nacional.

(Palabras del Caudillo)

Pensamientos y comentarios

Francisco Abril piensa cuando termine la guerra casarse con una chica que le quiera, para hacer una España grande y libre.

(¡¡Me parece que exageras, Paco!! Conórmate con hacer una familia. ¡¡Que no es poco!!; te lo juramos, Paquito.)

Emilio del Amo opina: Que todos vengamos a defender nuestra España a las trincheras, y que para cuando se termine la guerra, debamos todos trabajar para que sea real lo de Arriba España.

Emilio piensa bien y piensa mal, porque si todo el mundo va a las trincheras, ¿quién va a labrar sus tierras? ¿Quién le ha de fabricar el calzado? Eso sí, ahora y después, todos a trabajar en lo que sea y en lo que se nos mande.

Aniceto Hidalgo dice: Cuando se acabe «el cisco», ¿a cuántas mujeres vamos a tocar?

(Hombre, Aniceto... eso, allá tú y tu conciencia. Por algunas te respondo que las bofetadas se han de oír en Lima.)

Robustiano Paniagua (¡¡vaya nombrecito!!) ha decidido AHOGARSE.

(Bueno, Robustiano... Por mí... hasta que te veamos en el cielo... y que sea tarde.)

No te ofendas

(Para el artillero Pepe)

He leído tu carta tres veces. Después de leída, la he copiado. Para mejor contestarla la dividiré en dos partes, si bien antes pondré a los demás en antecedentes. Te revuelves airado contra una nota donde yo decía que los combatientes se hacían muchos versos y letras de tango en los ratos de descanso y donde yo aconsejaba que en vez de esas cosas escribiérais en prosa, cruda y fuerte como los cañonazos que constantemente se reciben y se largan. Tú me dices...; pero, bueno, pasemos al asunto.

«¿Quiere ese señor—no es un señor, es un soldado—, escribes tú, que en los ratos libres nos dediquemos a hacer esquelas de defunción?»

De ninguna manera, amigo artillero. No quiero que hagáis esquelas, ni tangos. Quiero, y en verdad que lo necesita mucho España, que en esos momentos de tranquilidad penséis en que habrá un día que la guerra haya acabado, y ese día, si queremos que España sea grande y moldeada por los combatientes, hemos de dejarnos de tangos y coplas.

Por eso, si antes de que termine la guerra, una inteligencia—hoy olvidada por las circunstancias, en el frente—se destapa y labora, dando ideas útiles, para construir esa España, eso llevamos adelantado. ¿No te parecería triste que un ingeniero, por el hecho de estar en el frente, olvidara sus conocimientos, y cuando en la retaguardia le pidieran un proyecto de puente, en vez de enviar un estudio perfecto se limitara a unas cuartillas con unos versitos a la luna?

¿No crees tú más provechoso para todos—y conste que por encima del bien particular está el bien general, que es por el que luchamos—que los soldados se dediquen, a la vez que se entretienen, a hacer trabajos para esta u otra «hoja», en las cuales se adelante una idea, se exponga un pensamiento o bien se diga clara y simplemente lo que piensa él de tal o cual cosa que pasó, pasa o quiere que pase en su pueblo, en su provincia o en su Patria?

Uno de los objetos que persigue nuestro periódico es el de apartar al soldado de esa Prensa y esa colaboración a veces chabacana que admiten en otras partes. El soldado, por su sacrificio, por su heroísmo y sobre todo por ser español, debe aspirar a algo más que a ser el hazme reír de los lectores. Y no dudes, amigo Pepe, que es como yo te lo cuento.

La segunda parte de tu carta, donde dices: «Nuestro Caudillo sabrá el día de mañana premiar y castigar, ya que la ley de la nueva España es recta».

De acuerdo, en absoluto; y quiero recordarte que en uno de sus discursos, en Belchite, dijo más, porque añadió: «Esta España que estáis conquistando es vuestra, porque la habéis ganado con vuestra sangre, que yo os prometo no será infecunda».

En esa palabras se encierra, a la vez que un ofrecimiento, una esperanza.

España es nuestra, de los combatientes; pero lo mismo que la conquistamos en el terreno de la guerra, hemos de hacerla nuestra en el de la paz.

Y ten en cuenta, Pepe, y con esto termino, que nuestro Caudillo se sentiría muy orgulloso y no se vería defraudado, si a la vez que nuestros fusiles iban incorporando tierras a la España Nacional, nuestra inteligencias le ayudaran a ir poco a poco forjando una España de paz, llena de justicia.

Espero quedarás satisfecho, y explicada la «nota» que tanta pupa te hizo. Me demuestras en tu trabajo que eres un chico impulsivo. Más vale eso, que el aguantarse mansa y esclavamente.

Un abrazo y Arriba España.

No olvidaremos

Que Alemania nos reconoció y demostró su amistad en las horas difíciles de la iniciación del Movimiento.

Que Italia se declaró desde el primer momento identificada con nuestra causa, haciendo pública su hermandad con la España de Franco.

Que otros países, aunque tarde, han reconocido su error y hoy estrechan las relaciones con nuestra Patria.

Que hay naciones que siguen llamándonos ¡¡qué ridículo!! los rebeldes.

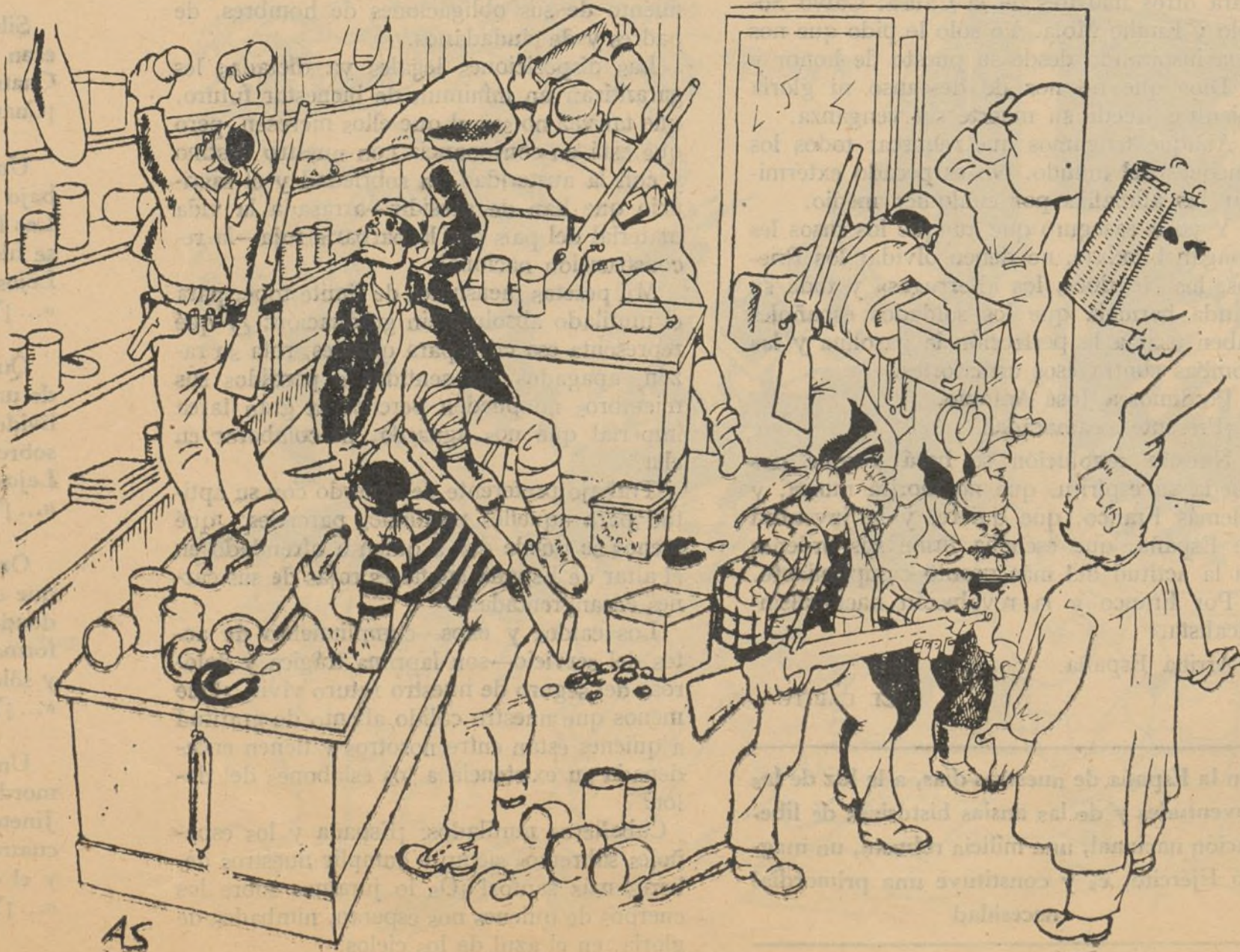
Que Rusia es una República de degenerados, esclavos y bandoleros.

Que, por la frontera francesa, pasan a diario nombres y material destinado a los rojos.

Que no dudemos que en Francia hay buenas personas... pero, ¿dónde se meten? ¿Qué hacen?

Imprenta de «El Adelantado»

EL NUEVO ORDEN ECONOMICO EN LA ESPAÑA ROJA



La protección a la pequeña industria.